



Monición de entrada

La seguridad por más que se empeñe el hombre, no es patrimonio de esta vida (Serm. 128,5). Al igual que nuestra propia seguridad no está en nosotros mismos, las vocaciones de nuestra orden tampoco lo están. El dueño de la viña, es quien manda obreros a su mies, por eso nuestra súplica se dirige en esta eucaristía al Señor de nuestras vidas, para que Él, en su misericordia, suscite en el corazón de muchos jóvenes la llamada a la vocaciones en la vida religiosa agustiniana.

Peticiones de perdón

- 1.- *"El hombre ordenado no ama lo que no debe ni deja de amar lo que debe"* (De doc. Christ. 1,25). Por las ocasiones en que nuestro corazón se encuentra demasiado inquieto al estar lejos de ti. Señor ten Piedad
- 2.- *"Al alabar lo bueno de los demás nos hacemos mejores a nosotros mismos"* (in ps. 144,1). Por tantas veces que la crítica envidiosa, los juicios prematuros o la maledicencia en el hablar ocupa nuestras vidas. Cristo ten piedad.
- 3.- *"No hagas más sombrías tus propias sombras"* (In ps. 138, 15). Por las veces en que no reconocemos nuestros pecados personales y nos cerramos a tu invitación a la conversión. Señor ten piedad.

Oración colecta

Señor y Dios Nuestro, mira a tu Iglesia que unida en el altar de tu palabra y tu cuerpo y sangre, te pedimos que tu misericordia se derrame sobre nosotros en forma de numerosas vocaciones a la vida religiosa agustiniana. Por Nuestro Señor Jesucristo....



Ideas para la homilía

Textos agustinianos:

De la carta a Sixto presbítero en la controversia pelagiana. Necesidad de la gracia de Dios

Pueden decir que la remisión de los pecados es esa gracia que se da sin méritos precedentes. ¿Y qué mérito bueno pueden tener los pecadores? Pero también la remisión de los pecados tiene algún mérito si la fe la consigue. No puede carecer de mérito la fe gracias a la cual decía el publicano: *¡Oh Dios, apiádate de mi, pecador!, y descendió justificado* por mérito de su fiel humildad, porque *quien se humilla será ensalzado*. Sólo nos queda una cosa: la fe, de que toma principio toda justicia, por lo que en el Cantar de los Cantares se le dice a la Iglesia: *Vendrás y pasarás comenzando por la fe*; esa fe, digo, que no depende del libre albedrío humano que los innovadores exaltan, ni de méritos precedentes, ya que por ella empiezan cualesquiera méritos buenos; esa fe hemos de confesar que es un don gratuito de Dios, si pensamos en una gracia verdadera, esto es, sin méritos. Porque, como se lee en la misma carta a los Romanos, *Dios reparte a cada cual una medida de fe*. Las obras buenas las hace el hombre, pero la fe es producida en el hombre, y sin esa fe ningún hombre hace las buenas obras. *Porque todo lo que no proviene de la fe es pecado..* Por lo tanto, no se alabe el hombre ni pregone el mismo mérito de su oración, pues aunque al que ora se dé una ayuda para vencer las apetencias de bienes temporales, para amar los bienes eternos y a Dios, fuente de todos los bienes, la que ora es la fe que se dio al que aún no oraba, pues si no se le hubiese dado no hubiese podido orar. *¿Cómo invocarán a aquel en quien no creyeron? ¿O cómo creerán a aquel de quien no han oído hablar? ¿Cómo oirán, si nadie les predica? Luego la fe viene por la escucha y la escucha por la palabra de Cristo*. Por lo tanto, el ministro de Cristo, predicador de esa fe, *según la gracia que se le ha dado*, es el que planta y el que riega. Pero *ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento, el cual reparte a cada cual una medida de fe*. Por eso se dice en otro lugar: *Paz a los hermanos y caridad con fe*. Y para que nadie se la atribuya a sí mismo, añadió a continuación: *Que viene de Dios Padre y de Jesucristo nuestro Señor*. No tienen la fe todos los que oyen la palabra, sino aquellos a quienes Dios reparte una medida de fe, como no germina todo lo que se planta y se riega, sino lo que Dios hace crecer. ¿Por qué cree éste y no aquél, aunque ambos oyen lo mismo, y cuando se realiza un milagro en su presencia ambos ven lo mismo? Esa es *la profundidad de las riquezas, de la sabiduría y ciencia de Dios, cuyos juicios son inescrutables*, en quien no hay iniquidad cuando *se apiada de quien quiere y endurece a quien quiere*. El que estas cosas sean ocultas no significa sean injustas.



Eucaristía Vocacional Octubre 2015

Texto del Papa Francisco, para la jornada mundial de las misiones 2015

Queridos hermanos y hermanas:

La Jornada Mundial de las Misiones 2015 tiene lugar en el contexto del **Año de la Vida Consagrada**, y recibe de ello un estímulo para la oración y la reflexión. De hecho, si todo bautizado está llamado a dar testimonio del Señor Jesús proclamando la fe que ha recibido como un don, esto es particularmente válido para la persona consagrada, porque entre la **vida consagrada y la misión** subsiste un fuerte vínculo. El seguimiento de Jesús, que ha dado lugar a la aparición de la vida consagrada en la Iglesia, responde a la llamada a tomar la cruz e ir tras Él, a imitar su dedicación al Padre y sus gestos de servicio y de amor, a perder la vida para encontrarla. Y dado que toda la existencia de Cristo tiene un carácter misionero, los hombres y las mujeres que le siguen más de cerca asumen plenamente este mismo carácter.

La dimensión misionera, al pertenecer a la naturaleza misma de la Iglesia, es también intrínseca a toda forma de vida consagrada, y no puede ser descuidada sin que deje un vacío que desfigure el carisma. La misión no es proselitismo o mera estrategia; la misión es parte de la “gramática” de la fe, es algo imprescindible para aquellos que escuchan la voz del Espíritu que susurra “ven” y “ve”. Quien sigue a Cristo se convierte necesariamente en misionero, y sabe que Jesús “camina con él, habla con él, respira con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera” (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 266).

La misión es una **pasión por Jesús**, pero, al mismo tiempo, es una **pasión por su pueblo**. Cuando nos detenemos ante Jesús crucificado, reconocemos todo su amor que nos dignifica y nos sostiene; y en ese mismo momento percibimos que ese amor, que nace de su corazón traspasado, se extiende a todo el pueblo de Dios y a la humanidad entera. Así redescubrimos que Él nos quiere tomar como instrumentos para llegar cada vez más cerca de su pueblo amado (cf. *ibíd.*, 268) y de todos aquellos que lo buscan con corazón sincero. En el mandato de Jesús “id” están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia. En ella todos están llamados a anunciar el Evangelio a través del testimonio de la vida; y de forma especial se pide a los consagrados que escuchen la voz del Espíritu, que los llama a ir a las grandes periferias de la misión, entre las personas a las que aún no ha llegado todavía el Evangelio.

El **quincuagésimo aniversario del decreto conciliar *Ad gentes*** nos invita a releer y meditar este documento que suscitó un fuerte impulso misionero en los Institutos de Vida Consagrada. En las comunidades contemplativas retomó luz y elocuencia la figura de santa Teresa del Niño Jesús, patrona de las misiones, como inspiradora del vínculo íntimo de la vida contemplativa con la misión. Para muchas congregaciones religiosas de vida activa el anhelo misionero que



Eucaristía Vocacional Octubre 2015

surgió del Concilio Vaticano II se puso en marcha con una apertura extraordinaria a la misión *ad gentes*, a menudo acompañada por la acogida de hermanos y hermanas provenientes de tierras y culturas encontradas durante la evangelización, por lo que hoy en día se puede hablar de una interculturalidad generalizada en la vida consagrada. Precisamente por esta razón, es urgente volver a proponer el ideal de la misión en su centro: Jesucristo, y en su exigencia: la donación total de sí mismo a la proclamación del Evangelio. No puede haber ninguna concesión sobre esto: quien, por la gracia de Dios, recibe la misión, está llamado a vivir la misión. Para estas personas, el anuncio de Cristo, en las diversas periferias del mundo, se convierte en la manera de vivir el seguimiento de Él y recompensa los muchos esfuerzos y privaciones. Cualquier tendencia a desviarse de esta vocación, aunque sea acompañada por nobles motivos relacionados con las muchas necesidades pastorales, eclesiales o humanitarias, no está en consonancia con el **llamamiento personal del Señor al servicio del Evangelio**. En los Institutos misioneros los formadores están llamados tanto a indicar clara y honestamente esta perspectiva de vida y de acción, como a actuar con autoridad en el discernimiento de las vocaciones misioneras auténticas. Me dirijo especialmente a los jóvenes, que siguen siendo capaces de dar testimonios valientes y de realizar hazañas generosas a veces contra corriente: no dejéis que os roben el sueño de una misión auténtica, de un seguimiento de Jesús que implique la donación total de sí mismo. En el secreto de vuestra conciencia, preguntaos cuál es la razón por la que habéis elegido la vida religiosa misionera y medid la disposición a aceptarla por lo que es: un don de amor al servicio del anuncio del Evangelio, recordando que, antes de ser una necesidad para aquellos que no lo conocen, el anuncio del Evangelio es una necesidad para los que aman al Maestro.

Hoy, la misión se enfrenta al reto de respetar la necesidad de todos los pueblos de partir de sus propias raíces y de salvaguardar los valores de las respectivas culturas. Se trata de conocer y respetar otras tradiciones y sistemas filosóficos, y reconocer a cada pueblo y cultura el derecho de hacerse ayudar por su propia tradición en la inteligencia del misterio de Dios y en la acogida del Evangelio de Jesús, que es luz para las culturas y fuerza transformadora de las mismas. Dentro de esta compleja dinámica, nos preguntamos: “¿Quiénes son los **destinatarios privilegiados del anuncio evangélico?**”. La respuesta es clara y la encontramos en el mismo Evangelio: los pobres, los pequeños, los enfermos, aquellos que a menudo son despreciados y olvidados, aquellos que no tienen cómo pagarte (cf. Lc 14,13-14). La evangelización, dirigida preferentemente a ellos, es signo del Reino que Jesús ha venido a traer: “Existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres. Nunca los dejemos solos” (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 48). Esto debe estar claro especialmente para las personas que abrazan la vida consagrada misionera: con el voto de pobreza se escoge seguir a Cristo en esta preferencia suya, no ideológicamente, sino como él, identificándose con los pobres, viviendo como ellos en la precariedad de la vida cotidiana y en la renuncia de



Eucaristía Vocacional Octubre 2015

todo poder, para convertirse en **hermanos y hermanas de los últimos**, llevándoles el testimonio de la alegría del Evangelio y la expresión de la caridad de Dios.

Para vivir el testimonio cristiano y los signos del amor del Padre entre los pequeños y los pobres, las personas consagradas están llamadas a promover, en el servicio de la misión, la presencia de los **fieles laicos**. Ya el Concilio Ecuménico Vaticano II afirmaba: “Los laicos cooperan a la obra de evangelización de la Iglesia y participan de su misión salvífica a la vez como testigos y como instrumentos vivos” (*Ad gentes*, 41). Es necesario que los misioneros consagrados se abran cada vez con mayor valentía a aquellos que están dispuestos a colaborar con ellos, aunque sea por un tiempo limitado, para una experiencia sobre el terreno. Son hermanos y hermanas que quieren compartir la vocación misionera inherente al Bautismo. Las casas y las estructuras de las misiones son lugares naturales para su acogida y su apoyo humano, espiritual y apostólico.

Las **Instituciones y Obras misioneras** de la Iglesia están totalmente al servicio de los que no conocen el Evangelio de Jesús. Para lograr eficazmente este objetivo, estas necesitan los carismas y el compromiso misionero de los consagrados, pero también, los consagrados, necesitan una estructura de servicio, expresión de la preocupación del Obispo de Roma para asegurar la *koinonía*, de forma que la colaboración y la sinergia sean una parte integral del testimonio misionero. Jesús ha puesto la unidad de los discípulos, como condición para que el mundo crea (cf. Jn 17,21). Esta convergencia no equivale a una sumisión jurídico-organizativa a organizaciones institucionales, o a una mortificación de la fantasía del Espíritu que suscita la diversidad, sino que significa dar más eficacia al mensaje del Evangelio y promover aquella unidad de propósito que es también fruto del Espíritu.

La Obra misionera del Sucesor de Pedro tiene un **horizonte apostólico universal**. Por ello también necesita de los múltiples carismas de la vida consagrada, para abordar el vasto horizonte de la evangelización y para poder garantizar una adecuada presencia en las fronteras y territorios alcanzados.

Queridos hermanos y hermanas, **la pasión del misionero es el Evangelio**. San Pablo podía afirmar: “¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!” (1 Cor 9,16). El Evangelio es fuente de alegría, de liberación y de salvación para todos los hombres. La Iglesia es consciente de este don; por lo tanto, no se cansa de proclamar sin cesar a todos “lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos” (1 Jn 1,1). La misión de los servidores de la Palabra –obispos, sacerdotes, religiosos y laicos– es la de poner a todos, sin excepción, en una relación personal con Cristo. En el inmenso campo de la acción misionera de la Iglesia, todo bautizado está llamado a vivir lo mejor posible su compromiso, según su situación personal. Una respuesta generosa a esta vocación universal la



Eucaristía Vocacional Octubre 2015

pueden ofrecer los consagrados y las consagradas, a través de una intensa vida de oración y de unión con el Señor y con su sacrificio redentor.

Mientras encomiendo a María, Madre de la Iglesia y modelo misionero, a todos aquellos que, *ad gentes* o en su propio territorio, en todos los estados de vida cooperan al anuncio del Evangelio, os envío de todo corazón mi bendición apostólica.

Francisco

Vaticano, 24 de mayo de 2015,

Solemnidad de Pentecostés





Peticiones

El mes de octubre, es el mes misionero por excelencia, en este tiempo la liturgia y la vida de la Iglesia nos recuerdan que tenemos que ser una Iglesia en salida, capaz de entregarse a todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo sedientos del Evangelio, pidamos al Señor por todas nuestras necesidades.

1) Por la Iglesia, para que sepa vivir desde la fe el compromiso misionero de la misericordia especialmente a los que hayan perdido la fe y la esperanza. Roguemos al Señor.

2) Por el Papa Francisco, para que el Señor le bendiga y proteja, para que sea capaz de desempeñar el ministerio de sucesor de Pedro desde el carisma misionero. Roguemos al Señor.

3) Por la paz en el mundo, para que el Señor infunda deseos de entendimiento en los gobernantes de las naciones para que entre todos construyamos un mundo cada vez más justo. Roguemos al Señor.

4) Por los misioneros, especialmente los que están siendo perseguidos por su fidelidad a Jesucristo y al Evangelio, para que en nuestras oraciones y ayudas encuentren el apoyo de todo el Pueblo de Dios. Roguemos al Señor.

5) Por las vocaciones a la vida religiosa agustiniana, para que el Señor inspire en el corazón de los jóvenes de nuestro tiempo, deseos e inquietud por la Verdad al ejemplo de Agustín de Hipona. Roguemos al Señor

Atiende Padre de bondad las súplicas que te hace tu Iglesia, lleva a cumplimiento nuestras peticiones, ya que las hacemos por medio de Jesucristo Nuestro Señor. Amen.



Ofrendas

1. Te ofrecemos Señor este pan y este vino, que transformados en tu cuerpo y sangre serán el alimento que nos de la fuerza para vivir durante este curso la realidad de tu misericordia.
2. Te presentamos Señor el cartel de la campaña del Domund de este año, expresa nuestro deseo de ser misioneros de tu palabra misericordiosa a todos los que se acerquen a nosotros .

Acción de gracias

Padre bueno, Dios rico en
misericordia, concédenos la gracia de seguir el camino
de los misioneros y misioneras.

Ellos nos enseñan a ser Iglesia "en salida", a vencer la comodidad y el miedo, a
tomar la iniciativa, movidos por el Espíritu; a salir al encuentro del otro para
mostrarle
esa infinita misericordia de tu corazón que ellos mismos han conocido.

Entregados a Ti en el servicio a los pobres, muestran las puertas siempre
abiertas de la Iglesia:
el lugar de la misericordia gratuita, donde cada persona puede sentirse
acogida, amada, alegre por el perdón y alentada a vivir
según la vida buena del Evangelio.

Señor, que aprendamos de estos hermanos nuestros
a ser "discípulos misioneros",
testigos convincentes de tu
misericordia